

poco. La pérdida de su esposa e hijo en pretéritos tiempos, una operación quirúrgica y el desgaste propio de una vida tan esforzada y laboriosa, desembocaron fatalmente en una grave enfermedad, cuando ya veía próxima su jubilación forzosa, descanso merecidísimo que se preveía con el honor correspondiente a tan gran señor.

Y aquí llega su última lección. Hace poco tiempo, mi Maestro enfermó; preso de fuerte fiebre, no podía ya asistir a la escuela. Y este hombre admirable, que tantos consejos dió y que tantas consultas había resuelto, pedía anhelante legalizar su situación profesional, pues entendía que su dolencia sería larga. Jamás me he sentido más antilegalista que en esta consulta, que tan sencillamente hubiera resuelto en otro caso. Mi Maestro benemérito, probidad de oro, conducta y alma santas, tras de cincuenta años de abnegada labor educativa, pedía con su estrecha conciencia, un alto en el camino de su labor diaria de la escuela trianera. ¿Y quién lo tenía más merecido que él? ¿Y por qué había de pedir él nada, que todo lo merecía, por faltar unos días a sus clases?

Semanas después, tras de un penoso viaje a Daimiel, su patria chica, llegaba este insigne Maestro a morir tan cristianamente como vivió, cerca de los suyos, reposando sus restos mortales junto a los de sus antepasados, como es costumbre de recia raigambre castellana y manchega.

¡Qué hermosa lección la de tu vida, enfermedad y muerte, de probidad, celo profesional y religiosa ejecutoria!

¿Con qué sentimiento, y cuán merecidamente hubiéramos hablado de ti en la XX Semana de Misiones Pedagógicas, celebrada recientemente en Ciudad Real, para ejemplo y estímulo de los demás?

Pero te conocíamos y te respetábamos. Sabíamos de tu modestia y de tu hidalguía. Otros prefieren parecer modestos, tú siempre quisiste serlo, que jamás hay tanto abismo entre el parecer y el ser, que cuando de modestia se trata.

No te equivocabas. Ni la inmodestia, ni la publicidad son virtudes que se cotizan en el Cielo. Y tú aspirabas al Cielo, humildemente, resignadamente, cristianamente. Por eso al sacarte del anónimo, en homenaje póstumo, sabemos que ya no herimos tu nativa humildad, pero pretendemos abrir una amplia vía en nuestras costumbres, que no destacan la tarea callada, anónima de maestros beneméritos, como el que la providencia nos deparó a nosotros.

Basta dirigir una ojeada a las biografías de mayor resonancia para comprender a qué extremos hemos llegado de ingratitud, cuando del Maestro de Primera Enseñanza se trata. Hay, y justo es reconocerlo, algunas excepciones; por ejemplo, en el testamento del insigne músico español, Manuel de Falla, puede leerse que ordenaba un piadoso recuerdo para su maestro de Primera Enseñanza.

Pero, volviendo a nuestro Maestro, tenemos que confesar, a fin de cuentas, y a fuer de sinceros, que debemos a su celo de educador modelo los cuatro quintos de nuestro modesto bagaje espiritual, como igualmente sus numerosos alumnos.

Bien seguros estamos que esa legión de discípulos, en estos días penitenciales de Santa Misión, teje con oraciones la gloria de tus merecimientos, y en lo más íntimo de nuestra conciencia nos embarga un anhelo que, en forma suplicante, traducimos a modo de oración, muy cordial y expresiva:

**¡DIOS TE DE, MI MAESTRO, TU DESCANSO Y SU GLORIA!**

**Dario Zori**

**Catedrático**